

Pacotillas apenas pudo terminar la frase: le dominaba una emoción profunda, su voz era balbuciente y dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Te enterneces demasiado, Paco,—dijo con cariñosa voz Patillitas;—no hay razón para desesperarse, no hay que pensar en hacer alguna locura; ve las cosas con calma, con sangre fría, todos somos amigos tuyos y tendremos á mucha honra ayudarte en tus dificultades.

—Gracias, buen amigo,—dijo Pacotillas.—Esa generosidad me complace, pero no me salva ni puedo aceptarla; sufra yo solo las consecuencias de mi proceder, salga por mí mismo de las dificultades que me rodean; hacer otra cosa no fuera ni caballeroso ni digno.

—No podemos conformarnos si no nos aseguras que obrarás con discreción, con toda calma,—dijo Santa-Anna;—que dejarás venir los acontecimientos sin violentarlos, que no darás paso alguno que comprometa tus estudios, y que, acometiendo con ánimo las dificultades de lo presente, no olvides que tus mismos compromisos te imponen la obligación de mejorar tu porvenir.

—Fácil es dar consejos, cojuelo querido,—dijo Pacotillas,—nada puedo prometer, ni aun á mí mismo, mucho menos á vuestras respetables personas. ¡Qué le vamos á hacer, amigos míos! siga cada cual su buena ó mala suerte: váyase Patillitas á hacer el oso, como lo tiene por costumbre, váyase el Chango á hacer diabluras por la calle, y el juicioso Santa-Anna confínesse en su cuarto, para darle de firme á la clase de mañana; yo, que soy jefe de familia, que tengo mi hogar constituido, me

marcho á dar un vistazo á la señora; con que, abur, y gracias por todo.

Y el inquieto y nervioso joven, sin hacer caso de las instancias de sus compañeros, despidióse apresuradamente de ellos, y, saliendo á la calle, se encaminó con acelerados pasos adonde no tardaremos en encontrarle.

CAPÍTULO III

Amor y miseria

Uno de los barrios más feos, al mismo tiempo que más poblados de la capital, es el que se extiende por aquel rumbo en que se alzan las iglesias de San Lorenzo y la Concepción. Precisamente más allá de este último templo, y al poniente, se desarrollan en serie interminable calles largas, viejas, formadas por feas casas y transitadas por gentes, que, sea dicho sin ofender á nadie, son en su mayor parte de fea catadura y pobrísimo vestir. Una de las calles de que hablamos es la que, desde tiempo inmemorial, se denomina de Juan Carbonero, y, si el lector gusta, le llevaremos á una de las casas de vecindad que existen en la vieja calle.

Atravesaremos un patio muy grande, mal empedrado, en donde se abren muchas viviendas; atravesaremos después un pasadizo angosto, largo, feísimo, de paredes descascaradas que nos conduce á un segundo patio. No se desespere usted, lector, ya llegamos. ¿No quiere usted seguir más adelante? Bien, pues aquélla es la vivienda y desde aquí voy á describírsela.

Ocupa el piso bajo y sus techos no son muy altos; á la luz y al aire parece que no les gusta llegar allí, de suerte que la habitación es medianamente oscura, y menos que medianamente ventilada; en cambio, la humedad encuentra muy de su gusto aquel sitio. La vivienda compónese de dos piezas: la de entrada es de medianas dimensiones, y su piso está formado por tarimmas carcomidas, las paredes están cubiertas de salitre hasta una altura como de dos metros, el techo, formado por gruesas vigas, es bastante viejo, suele crujir como si amenazase ruina, y á menudo cae de él una lluvia de fina tierra. La pieza interior es peor aún, es muy pequeña: como contiene el brasero, sirve de cocina á la miserable habitación, mientras que la pieza de entrada sirve de comedor, y tiene además honores de alcoba y de sala de recibir.

El mobiliario de la vivienda está en perfecta consonancia con ella: redúcese á cuatro sillas de tule arriadas á una de las paredes, á una mesa de madera blanca que se arrima á otra pared, y á un catre de fierro agazapado en un rincón. Sobre la mesa se ven algunos libros de medicina, un tintero, una carpeta y algunas plumas.

Poco antes de oscurecer, y cuando nuestros alegres conocidos, cansados ya de la fiesta callejera, se disponían á humedecer sus secas gargantas y á entonar sus fatigados nervios, terminaba una sencilla labor doméstica la interesante inquilina de la miserable habitación.

¡Qué criatura tan encantadora era! ¡El que en el seno de nauseabundo gusano descubriese un brillante esplén-

dido, el que en sucio estercolero hallase una rosa de suaves matices y de aroma exquisito, quedaría menos sorprendido que de encontrar en tan ínfimo tugurio á tan excelsa criatura! No la describiré, seres tales se han visto alguna vez, se han soñado muchas; mas no ha habido hasta hoy pincel de artista ó pluma de poeta que haya logrado fijar en el lienzo ó en el papel el raro y cabal conjunto de tantas perfecciones. Confórmese el lector con saber que era rubia, de tez blanquísima, de mejillas sonrosadas, de rojos labios, de ojos de mirar lánguido y tiernísimo, de estatura más bien alta que pequeña, de cintura delgada, de talle esbelto, y que todos sus movimientos llevaban impreso el delicado sello de la gracia.

¿Y sus defectos? ¿no los tenía acaso? murmurará algún lector descreído. Los tenía, maligno amigo, mas no se le notaban; perdíanse en el conjunto de sus gracias, como se pierden en la rica corola de la rosa reina algunos pétalos marchitos; no se advertían en aquella hermosa fisonomía, como en la feraz llanura tampoco se advierten ciertas fealdades. No será, pues, mi pluma la que indiscretamente muestre lo que la misma naturaleza no quiso que saltara á la vista, encubriéndolo artificiosamente con mucho más vistosos atractivos. ¿Qué importa, por ejemplo, que los labios de esta niña fueran un poco gruesos, que el perfil de su nariz no fuese tan correcto como lo hubiera querido algún escultor heleno, ó que el óvalo de su cara no tuviera tanta perfección que Rafael de Urbino le hubiera copiado al trazar el inmortal diseño de sus vírgenes?

Debíase á los azares de la vida que niña tan preciosa se albergara en casa tan fea. Bastaba ver á la muchacha para comprender que no estaba alojada como debiera. Toda ella era finura y distinción, toda corrección y gallardía, y más que la rica joya merece elegante estuche, ella merecía habitación suntuosa.

¡Criatura infeliz! ¡Nacida para vivir en ricos palacios, y prisionera y secuestrada en tan sórdido tugurio! ¡Cuántas veces nos ofrece la sociedad contrastes semejantes!

Mas dejando á un lado reflexiones que, por exactas que sean, huelgan siempre, digamos que la joven, después de haber cosido la mayor parte de la tarde, exhaló un profundo suspiro, sus manos dejaron la labor, se puso en pie, y murmuró:

—¡Sabe Dios hasta qué horas vendrá Pancho!

Guardó su labor en una cómoda vieja que en la pieza interior había, buscó entre los pobres trebejos contenidos en un armario un candelero de metal, reluciente á fuerza de frotarlo.

—Encendamos luz,—se dijo,—verdad es que todavía se ve; mas no quiero quedarme completamente á oscuras en esta horrible soledad. ¡Ay! ¡qué Pancho tan ingrato! ¿Dónde andará? su recuerdo es lo único que me acompaña en mi aislamiento, pero á veces me inquieta y, aunque lo quiera negar, me atormenta también.

Tales ideas cruzaban vagamente por el espíritu de la niña, mientras sus manos frotaban un cerillo y encendían el amarillento cabo de vela. Terminada la sencilla operación, dejó la luz sobre la mesa de la salita, y se

dirigió con aire incierto hacia la puerta de la vivienda, en cuyo dintel se detuvo, y, apoyándose en el marco, esparció su vista por el triste patio, y dejó vagar su ánimo por la melancólica región de los recuerdos.

Pocas veces habrá mayor analogía, entre el panorama que se despliega delante de los ojos y las ideas que nos asaltan, que la que había en ese momento entre el cuadro que la joven tenía enfrente y el fúnebre matiz de las imágenes que poblaban su espíritu.

Triste, solitario y sumergido en vaga penumbra, estaba el patio; melancólico, abatido y cruzado por sombrías ideas, el ánimo de la joven. Un suelo mal empedrado, recorrido por un caño que le cruzaba diagonalmente; paredes ennegrecidas, en las que, como enormes y oscuras fauces, se abrían tres puertas, que conducían á otras viviendas semejantes á la de la joven; en un rincón del patio alzaba un pozo el desportillado brocal, un lavadero yacía á su lado, y sobre los dos corría una reata en que colgaban para secarse algunas miserables piezas de ropa. Tal era el estrecho recinto que circunscribía las miradas de la joven; en los momentos en que ella se asomaba á su puerta no había en el patio más que una vecina pobre, que recogía silenciosamente las piezas tendidas.

Las miradas de Amalia, que éste era el nombre de la joven, vagaron perezosamente por los diversos detalles del monótono cuadro que la circundaba, claváronse un poco en la movediza figura de la vecina, luego, como si desdeñaran contemplar mezquinos objetos, se dirigieron hacia arriba, perdiéndose en el cielo azulado y limpio, en

el que comenzaban á distinguirse algunas estrellas que, como radiantes joyas, adornaban el raso azul pálido del cielo crepuscular.

Poco después la atención de Amalia, abstraída completamente de los objetos exteriores, se absorbió del todo en ella misma. Ya no vió el patio, ni se fijó en la vecina, ni siquiera contempló el cielo, sino que se clavó con tenaz insistencia en el panorama, solitario y triste, que trazaban los recuerdos en su juvenil cuanto infortunada alma. Se contempló en días mejores, niña pequeña, conducida por la fuerte mano de un padre y acariciada por la suave y tierna de una madre; luego recordó el día en que su alma dormida despertó á la más dulce de las emociones, en que, al conocer á su Pancho, sintió que algo nuevo, grande y desconocido surgía en ella; lo recordaba con tanta fidelidad, que estaba cierta de no haber olvidado el menor detalle: el día, la hora, el sitio, lo que Pancho le dijo y hasta el traje que cada uno de los dos llevaba en ese momento crítico de su existencia.

Después revisó con melancólico deleite las diversas fases de aquel amor que fué creciendo, creciendo, hasta avasallarla; primero fué grata simpatía, luego cariño profundo, luego atracción irresistible, y al fin, inflexible destino. Se complació al recordar cómo fué descubriendo que el simpático estudiante la amaba, se sonrojó un poco cuando recordó la escena en que ella le dió á entender que le correspondía, se sonrojó mucho más al recordar sus primeras condescendencias.

Después, la tirana memoria la torturó presentándole con tesón un cuadro horrible: la muerte de su buena

madre, y la soledad, el abandono, el desamparo en que la niña quedó. En medio de su duelo se erguía con rapidez la gran pasión que le inspiraba el joven; recordó luego sucesos posteriores: el amor y la generosidad de su novio, las grandes prendas de inteligencia y de corazón que iba descubriendo en aquel muchacho, con quien, según la sencilla é inocente joven, nadie podía compararse en el mundo, y otras circunstancias que, sin que ella pudiera darse cuenta, causaron lo que la sociedad llamaba su caída, y lo que Amalia, llena de generosa abnegación, consideraba simplemente como el acontecimiento que había fijado sus destinos. Ni aun por desgracia lo tenía, pues ella nunca había deseado más que amar y ser amada, ni había acariciado otro ensueño que vivir en íntima y diaria comunidad de afectos con un hombre tan superior como, en su concepto, era su amante.

Estaba triste, sí, pero satisfecha; viéndolo bien, no hubiera cambiado su existencia por la de ninguna otra: amar con toda su alma, amar con todo desinterés, asociarse á un ser digno de ella, y hacerle grata ó menos penosa la vida, tal había sido su destino y se había cumplido. ¿Qué tenía que decir? En lo pasado sólo lamentaba la muerte de sus padres; en lo porvenir sólo una desgracia temía: que Francisco dejase de amarla.

Pasaron algunos momentos, y las ideas de la joven, por un cambio bastante común en su edad, se encaminaron por rumbo menos triste, agitando con rapidez las leves alas hacia las mágicas regiones del porvenir. ¡El porvenir! ¡Qué poderoso influjo ejerce sobre las almas

jóvenes, desplegando delante de ellas su radioso cortejo de brillantes aunque inciertas imágenes!

Amalia, que apenas había cumplido diez y siete años, no podía ser insensible á tan brillante evocación: pensó en años futuros, años más risueños, más hermosos, que el presente que la abrumaba; años dorados por luz vívida, que desvaneciese los torvos fantasmas de la miseria, que la entristecían á ella, y sumergían en honda desesperación el alma ambiciosa y soñadora de su amante. La miseria no la arredraba, sentíase fuerte y capaz de luchar con ella; mas le hubiera sido grato dejarla detrás, como se dejan al despertar las siniestras visiones de una pesadilla. Tenía plena confianza en su amante, tenía más que confianza, tenía fe. Muchas veces había oído hablar de la grande inteligencia de Francisco, de sus buenos estudios, de su brillante porvenir, y ella lo creía así, y lo creía firmemente, porque se sentía incapaz de amar á un ser inferior, cuyo solo contacto hubiera producido en ella el mismo efecto que la inmunda larva en la corola púdica de la sensitiva. ¡Cuán grato le sería, por otra parte, y más por él que por ella, ver á su Francisco en buena posición, verle alentado, satisfecho, alegre, y no abatido, desilusionado y triste como le veía ahora!

—Soy una tonta,—exclamó como haciendo el resumen de sus reflexiones,—los buenos tiempos no han de tardar mucho; pero mientras tanto, ¡cómo se tarda él!...

E influida por el nuevo giro que habían tomado sus ideas, se sintió tan contenta, que tarareó una canción de amores que su amante le había dedicado; después penetró rápidamente al cuarto, despabiló la luz, que parecía tam-

bién haberse distraído, pues apenas alumbraba ya, y tomándola, fué á sacar de la cómoda en que encerraba sus prendas, un paquetito de papeles, atado cuidadosamente con un listón color de rosa; al tomarlo lo estrechó con efusión, como si oprimiera la mano de un ser querido, y, acercando á la mesa una de las sillas, deshizo el paquete, desdobló uno de los papeles que contenía, y se puso á leerlo con ensimismamiento, no sin depositar antes en él un beso apasionado.

Releía las cartas de su amante, del compañero de sus pobreza, de sus penas y de sus alegrías; cada frase de aquellas cartas, cada palabra, cada letra, tenían el don de evocar un mundo de recuerdos, de emociones y de delicias. Al repasarlas volvía á vivir la vida buena y cariñosa de su naciente amor, olvidaba la parte dolorosa de su historia, y le parecía que, coronada de luz y sostenida por fuertes alas, volaba en un mundo luminoso y feliz formado sólo para el amor.

El ruido de unos pasos muy conocidos de ella hizo latir con fuerza su corazón y subir á sus frescas mejillas el tinte sonrosado de un rubor ligero; compuso rápidamente su querido legajo, lo ocultó presurosa, y radiante, sonriente y halagüeña salió al encuentro del que venía.

—¿Qué haces, mi querida prenda?—dijo éste, que no era sino el insigne Pacotillas, estrechando cariñosamente el talle de su amada.

—¿Qué he de hacer?—contestó Amalia en tono de reconvencción cariñosa,—morirme de tristeza, de fastidio y de miedo. Pero, ¡qué raro vienes!—agregó fijando en Pacotillas una mirada escudriñadora, y luego con mani-

fiestó desagrado le dijo: — ¡Tú si me has de decir qué tienes, por qué vienes así!

Razón tenía la buena Amalia para contrariarse por la rara facha con que Pacotillas se le presentaba: su tez estaba encendida, sus ojos lanzaban extraños fulgores, llevaba el sombrero más ladeado que de costumbre, y la corbata y el traje más desarreglados que lo debido á su despreocupación.

— Nada me ha pasado, ni siquiera un wagón que me hiciera tortilla; nada he hecho, ni siquiera lanzar un cartucho de dinamita para saciar la sed de destrucción que se ha apoderado de mí.

— ¡Tú has tomado, Pancho! sabes que es lo único que me disgusta en tí. ¡Bonito primor el tuyo! yo muriéndome aquí de soledad, y tú pasando el tiempo con tus amigos, y haciendo lo que tanto te daña y lo que tanto me disgusta.

— No me riñas, hijita, ya está hecho; vengo á tu lado en busca de paz y no de reconvenciones. Además, yo no sé cómo sucedió: no tuve ganas de ir á clase, *sabé* con Patillitas, con el Chango y con Santa-Anna; nos aburrimos de vagar tontamente y nos fuimos á tomar una copa, creo que yo tomé dos, que me hicieron el efecto de cuatro.

— Ese es el mal, ya sabes el daño que te hace; con razón no puedo ver á tus amigos, tú eres muy bueno y solo nada harías.

— Te engañas, *güerita*, bostezaría de lo lindo, como has de haber bostezado tú; mas ya estoy aquí, — agregó, pasando cariñosamente la mano por el talle de Amalia, y

llevándola á sentar en la silla que junto á la mesa había; — mas ahora reparo, picarona, en que tú has de haber estado leyendo ó escribiendo, porque no veo costura; conque, dime, ¿qué leías ó qué escribías? te advierto que no he de creer que leyeras mi *Patología interna* ó mi *Topográfica*. Vamos á ver: ¿qué se lee aquí en mi ausencia?

Al hablar así, la mano de Pacotillas vagaba juguetona por la hermosa espalda y la mórbida nuca de Amalia. La niña, sentándose en la silla que su amante le señalaba, dijo:

— ¿Qué había de leer, hombre? dormitaba, dormía, disipaba como podía mi aburrimiento.

— No me engañes; voy á probarte la sagacidad de tu Pacotillas, como me dicen los zumbones de mis amigos: leías cartas amorosas y pensabas en su autor, un joven muy guapo á quien quisiste mucho, y á quien sustituiste con este paseante tronera, cuyos vicios te cargan tanto; mas déjame tomar asiento á tu lado, y ventilaremos sentados este delicado asunto.

Y haciendo como lo decía acercó una silla al lado de la de Amalia, sentóse y, cambiando de tono, dijo:

— Dejando la vida del alma por la del vil cuerpo, dime si tienes apetito y con qué satisfacerlo, que yo tengo por lo menos una de estas cosas.

— ¡Ay hijo, malas nuevas! No hay que cenar, toda la tarde he estado esperando á la mujer que me hace los mandados para que, aunque me quedara sin poder salir, llevara mi único vestido adonde sabes; pero esa mujer es más paseadora que tú, pues ésta es la hora en que no

consigo verle la linda cara. Así es que no tenemos esta noche más pasto que el del alma.

—Te engañas, tienes por marido á un hombre acaudalado; en mi bolsillo destella una peseta nuevecita, é irradia en el negro seno de la faltriquera fulgores verdaderamente argentinos, y más hermosos que los que irradia Venus en el oscuro manto de la noche, como decía yo cuando era poeta cursi. Vamos á derrochar esta cuantiosa suma que me acaba de prestar un mi amigo, vamos á gastarla en cenar unos trocitos de pollo, más tiernos que el corazón de dos enamorados; pero antes me has de decir si me quieres, como cuando te escribía esas cartas melifluas cuya lectura te entretiene tanto.

—¡Qué cosas tienes! Al ver lo ocurrente que te ponen las copas, tentaciones me dan de ofrecértelas.

—Te cojo la palabra, mujer mía, si vieras que eso nos convertiría en dioses.

—¿Por qué? —preguntó Amalia con candorosa curiosidad.

—Porque tú, con tu juventud y hermosura serías una Hebe, que es, como si dijéramos, la cantinera de los dioses; y yo sería el mismísimo Jove, sin haz de rayos, mas no sin ceño. ¡Mira!—y al decir esto frunció el ceño de un modo tan exagerado que Amalia, olvidando hasta el último resto de contrariedad, se puso á reír como chiquilla que era.

—Hay una dificultad para nuestro paseo,—dijo cuando hubo acabado de reír.—Mis botinas están más alegres que yo; ¡mira cómo se ríen!

—¡Presumida! ¿Crees que te voy á llevar á la Concor-

dia? Si no vamos más que á la calle de Dolores, á una fonda en que sirven asados de pollo muy regulares, sobre todo cuando los condimenta un apetito como el nuestro; conque en marcha, prenda, ya sabes que soy hombre de los de diciendo y haciendo.

Amalia cubrió con un mal tápalo su hermoso y agraciado cuerpo, por femenino instinto arregló los ricitos de su frente, y se vió en un espejito que por allí andaba; hecho todo lo cual tomó el brazo de Pacotillas, y, después de cerrar la puerta de su habitación, se fueron muy contentos. Razón tenían: vivían entre amor y miseria, pero las amargas de ésta eran menores que las dulzuras de aquél.

CAPÍTULO IV

Antecedentes

Pacotillas era un buen muchacho, lo había sido siempre, ó á lo menos constantemente le habían tenido por tal. Haría como diez años que paseaba su extravagante figura por las calles y los colegios de la ciudad de México. Era nativo de León, floreciente ciudad del Estado de Guanajuato, perdió á su madre desde muy niño, y desde chico se mostró tan avisado, tan despierto, tan inteligente y de tan felices disposiciones, que su padre, honrado comerciante de aquella plaza, comenzó á acariciar la idea de hacer del niño un letrado, y, si Dios quisiere, un hombre ilustre, que diera brillo á su casa, satisfacción á sus parientes y gloria á la nación mexicana.